

El cuarto tiempo de la memoria

Margarita Mateo Palmer
Profesora y ensayista

Con una frase rotunda —«Giaveno no es Combray»— da inicio a sus memorias Graziella Pogolotti,* y, en efecto, la pequeña aldea de los Alpes donde transcurrieron los mejores días de su infancia no es el paraíso perdido, evocado con una visión totalizadora por Marcel Proust. La temporalidad de los recuerdos, que aúnan el pasado con el presente, y aún con las imágenes del porvenir, proyectadas por la imaginación hacia un futuro que ya participa del ahora, es un tiempo otro, diferente, donde convergen y se entremezclan muy diversas coordenadas temporales.

En una danza sin fin, cautelosa y leve, interpretada por el olvido y la memoria en las más oscuras estancias de las metáforas del corazón, se va tejiendo el sutil lienzo de los recuerdos. De ese baile acompasado y tenue, que en su constante girar va descartando, desechando, aunque también guardando en lo profundo, surge, por una parte, la posibilidad del conocimiento, la capacidad de abstracción y generalización que es una de las condiciones del saber, como parece decirnos tan vivamente Ireneo, el aindiado compadrito uruguayo, más conocido por su apellido y por el epíteto que lo inmortalizó: Funes, el memorioso. Mas también esa danza, trémula y secreta, «va modelando la zona sensible del alma», forjando el espíritu a través de lo inapresable de las emociones y los deseos, liberados del afán dominador de la conciencia, como parecen decirnos los viejos trovadores en tanta canción amorosa dedicada al tema del olvido. Así, ese diálogo fundamental va conformando la experiencia de vida, la historia personal y el discurso propio. Según la autora de *El rasguño en la piedra*:

El cuarto tiempo de la memoria está hecho de impurezas, de contaminaciones, de historia, de olvidos y compromisos, de pasiones, de falsas cronologías y relojes mal acoplados, indetenible y escurridizo. Esa es su verdad. Es un tiempo que no se recupera. Se salva porque se reconstruye y se reinventa día a día, porque se vuelve a escribir sobre la experiencia virgen de cada mañana. (p. 10)

La palabra, esa a través de la cual el ser humano se acerca a la «inalcanzable y terrible lucidez», aquella en la que residió su carta de triunfo en Giaveno cuando su depurado manejo de la lengua de Dante la hizo tan popular, le jugó una mala pasada al intentar hablar de nuevo el italiano en su primer regreso al Piamonte, pues se le había escapado, fugitiva, por un oscuro entresijo del alma. Esa incapacidad de recordar uno de los lenguajes más queridos de su niñez le revelaba que, «irrecuperable, hundido en un boquete sin fondo, el pasado subsistía tan solo como fragmentos de una memoria deshilachada» (p. 73). Fluyendo a ratos, huyendo a otros, brotando como de un «surtidor discontinuo», hacen su aparición o se desvanecen los recuerdos. Al evocarlos, el individuo constata cómo el saber más profundo del alma, actuando

* Graziella Pogolotti, *Dinosauria soy*, Editorial Unión, La Habana, 2012.

en silencio y a su libre arbitrio, ha ido desgajando el lienzo homogéneo de los días transcurridos para rescatar breves hilachas donde se anudan, sin embargo, experiencias primordiales del ser. En su incesante y misterioso trasiego con el olvido, la memoria se muestra díscola, perdida, desconcertante al configurar un paisaje descrito por Graziella con palabras que cito *in extenso*:

La memoria es un banco de arena formado por las aguas del mar y, a la vez, corroído por ellas, donde se depositan objetos insólitos, efímeras medusas, despojos de naufragios, botellas abandonadas por los paseantes. Emergen restos de antiguos arrecifes y se transforma la materia orgánica residual. Intangible y resistente, ese magma no permanece rígido en las casillas de un almacén. Es el acompañamiento viviente del devenir de la persona. Se adormece en medio de los grandes torbellinos, sus bordes se diluyen devorados por el acicate de la inmediatez, resurge en fragmentos removidos por una asociación accidental, sufre la acción del olvido, obra de la inercia o de implacables mecanismos inhibitorios. (pp. 288-9)

Mucho se ha escrito sobre las relaciones entre realidad y ficción en las diversas variantes del denominado género autobiográfico, sobre todo a partir de la segunda mitad del pasado siglo, testigo de un inusitado interés, mantenido hasta hoy, en las historias de vida narradas por sus propios protagonistas. La publicación *El pacto autobiográfico* de Philippe Lejeune y el intento de definir las características genéricas de un conjunto tan heterogéneo —memorias, diarios, confesiones, autobiografía— ha dado lugar a diferentes puntos de vista. Graziella, que comentó con agudeza *Aquellos tiempos... Memorias de Lola María* —lectora magnífica, le llama Nara Araújo en uno de sus estudios de género, hermana, dice, del texto descubierto por Fernando Ortiz y rescatado por Ambrosio Fornet— no es ajena a las distancias y desdoblamientos que supone el intento de recuperación del pasado. Así, se siente escindida cuando narra las vivencias de ese otro personaje que fue ella misma en su niñez, en su adolescencia, en los turbulentos años de la lucha universitaria y contra la dictadura. Incluso permanece extraña a esa voz, propia pero ya distante, que escribía en un diario el acontecer cotidiano.

Entre las diferentes anécdotas que narra Marcelo Pogolotti sobre la infancia de Graziella en otra obra memorable del género autobiográfico en Cuba, *Del barro y las voces*, hay una muy breve, resumida en apenas tres o cuatro líneas, que fija un instante significativo en la apresurada carrera de su pequeña familia, sometida a penurias económicas y constantes mudanzas. Se trata del momento en que la niña tendría que regresar otra vez a Italia. Cuenta el pintor, sin más detalles, que su hija, entonces de seis años, se despidió, besando la puerta, de la escuela donde había aprendido sus primeras letras francesas. Ignoro si ella pidió a sus padres, ante la inminencia de la partida, ser llevada hasta allí para su peculiar despedida o si el ritual del adiós a la casa de estudios se realizó sin testigos.

Tampoco sé si guarda memoria del suceso o lo recuerda solamente a través del testimonio paterno, pero lo cierto es que ese rito de pasaje —uno de los tantos que con seguridad protagonizó en una infancia signada por el viaje, de Francia a Italia en varios desplazamientos de ida y vuelta, de Europa a América en un desgarrador salto al vacío— expresa desde entonces su amor al saber: un saber que iría perfilando sus coordenadas con el paso del tiempo y sus experiencias de vida hasta concretarse en una sólida concepción de la cultura, de amplio espectro, que la entronca con los valores esenciales de todo ser humano y con su capacidad de resistencia. Afincándose en una lengua no materna, pues nunca la tuvo —la madre le cantaba en ruso, el padre en español, hablaban entre ellos en francés, la tía Marga lo hacía en italiano—, sino asumida como propia luego de un prolongado e inquietante mutismo, fue incorporando los valores de la isla bullanguera en la que había recalado, hasta hacer suyo su destino.

A su prodigiosa memoria, que más parece regalo de los dioses que don natural, suma Graziella una notable capacidad de síntesis que le permite descartar el dato inútil, la información superflua, para retener el rasgo revelador. Al mismo tiempo, su escritura transita por diferentes y peculiares registros estilísticos. Las ideas se van desplegando en su prosa con aparente sencillez, sin sobresaltos, tan delicadamente hilvanadas que apenas se percata el lector del ejercicio de concentración y síntesis sobre el que se erigen algunas frases, dichas como de pasada, sin la menor insistencia o llamado de atención. Inflexible es su respeto a la inteligencia del que lee, a su capacidad para descubrir por sí mismo la reflexión significativa.

Esencial transparencia y honestidad sustentan esa prosa tan austera en su dramaturgia que no manipula al lector con figuras retóricas o enfáticas, sino que lo deja en libertad para transitar el texto con independencia y objetividad. Sentencioso, apegado al aforismo como expresión resumida del saber y de la experiencia humana, su lenguaje cobra inusitada fuerza cuando el sentido queda potenciado en una oración. Las breves máximas propias de su estilo ensayístico conducen a una densidad de ideas, ajenas, sin embargo, al discurrir abstracto, morosamente especulativo. En *Dinosauria soy*, el tono más íntimo de las memorias, la fuerza de la evocación personal ponen de manifiesto una capacidad no desplegada hasta ahora: su talento para la narración —organización y desarrollo de una vasta red de tramas en torno a un argumento central, recreación de personajes, manejo del espacio y del tiempo narrativos—, a la vez que propician la apertura de su prosa, por momentos, a los registros de la poesía.

Dispersa, recogida fragmentariamente y siempre por presiones ajenas, a instancias de otros, diseminada en prólogos, catálogos, periódicos, revistas, la obra escrita de Graziella Pogolotti es valiosísima expresión de un proyecto intelectual sumamente extenso que trasciende

la palabra para entroncarse con la vida a través de una conducta, una ética y una clara proyección ideológica. Ave rara y solitaria en el contexto de la literatura cubana actual, su obra parece haber estado destinada a refundar un proyecto humanista, de profundas raíces martianas, sólidamente asentado en una amplia concepción de la cultura.

Conocidos solo a través de restos fósiles, emblemas de la prehistoria de la humanidad, los dinosaurios han sido los animales de mayor tamaño y más abundantes de la tierra. Especie extinta, esos «lagartos terribles» siguen despertando el asombro y la imaginación del hombre, estimulando la fantasía de escritores y artistas. En el habla popular, han pasado a ser símbolo de un pasado caducado y obsoleto.

¿A qué familia antediluviana pertenece esta dinosauria que rechaza un mundo «que se precipita hacia el desastre», «acosada por la corrupción rampante y por la lacerante pérdida de valores», por la ausencia de «verdaderos interlocutores, retirados en la concha de temores, incertidumbres, desconfianza y pequeñas ambiciones», angustiada por la palabra que «circula cual moneda de intercambio, al margen de las exigencias de la vida real», despojada de su valor? ¿Será un diplodoco jurásico de gran tamaño? ¿Un plateosaurus de largo y elegante cuello? ¿Un ovirraptor con su andar erguido? ¿O se trata acaso del dinosaurio de Augusto Monterroso?

Dinosauria pensante, responde ella misma. Una dinosauria movida por una curiosidad insaciable, no atenuada con el paso de los años; ansiosa por descifrar la realidad social cambiante de su época; en diálogo constante con la historia y los proyectos de futuro; con un particular modo de entender el saber que adquiere para ella su verdadero sentido como obra de servicio, vinculada a un magisterio que trasciende el estrecho marco de las aulas o de la academia para entroncarse con la vida cotidiana y las necesidades espirituales de una época. Dinosauria pensante, en fin, especie amenazada por los cambios climáticos y no, que debe saber preservarse.

©TEMAS, 2012

